

**SI PAVORIDA Y DESPAVORIDA,
¿POR QUÉ NO *PAMPANANTE Y DESPAMPANANTE?
APUNTE DE MORFOLOGÍA DECONSTRUCTIVISTA
SOBRE UN GAP LEXICOLÓGICO
DE LA LENGUA CASTELLANA**

IF 'PAVORIDA' AND 'DESPAVIDA',
WHY NOT '*PAMPANANTE' AND 'DESPAMPANANTE'?
A BRIEF NOTE OF DECONSTRUCTIVIST MORPHOLOGY
ON A LEXICOLOGICAL GAP OF CASTILIAN

Rafael NÚÑEZ RAMOS

Universidad de Oviedo
ramos@uniovi.es

Javier GARCÍA RODRÍGUEZ

Universidad de Oviedo
garciarjavier@uniovi.es

Guillermo LORENZO GONZÁLEZ

Universidad de Oviedo
glorenzo@uniovi.es

Resumen: Este ejercicio de Morfología Deconstructivista sigue la pista de la deriva simbólica que se sigue de las fugas, compuertas agrietadas, *calabros y descalabros de los procesos (des)compositivos de (de)formación de palabras de la lengua castellana. Se observa que la dudosa plasticidad terminológica reversa asociada y disociada al verbo *despampanar* y a sus diversos ecos explica la más que justificable incontinencia interpretativa (o deriva del interpretante) ante muestras del acervo poético que el folklorismo considera, de manera ingenua, semánticamente monolíticas.

Palabras clave: Morfología Deconstructivista. Plasticidad léxica. Sinsentido. Deriva del interpretante. Nuevo folklorismo.

Abstract: This exercise in Deconstructivist Morphology keeps track of the symbolic drift that follows from the leaks, cracked gates, *setfowards and setbacks of the (de)compositional processes of word (de)formation in the Spanish language. It is observed that the dubious reverse terminological plasticity associated and dissociated to the verb *despampanar* and its many echoes explains the more than justifiable interpretative incontinence (or drift of the interpretant) when facing samples of the poetic heritage that folklorism naively considers semantically monolithic.

Keywords: Deconstructivist Morphology. Lexical plasticity. Nonsense. Drift of the interpretant. Neo-folklorism.

Nota aclaratoria

Este trabajo pretende estudiar algunas manifestaciones de lo que algunos autores llamaron el «genio del idioma» (Alex Grijelmo, Hofstadter y Sander) o el «duende del lenguaje» (Manuel Ribal), expresión en la que además resuenan el juego y la teoría lorquianos, una fuerza interna que se va formando con la propia lengua y luego permanece para regular su evolución y enriquecimiento, una especie de espíritu que lo hace estable y coherente y lo dota de personalidad, es conservador, pero es también innovador, contradictorio y revoltoso, abierto a la incoherencia, a los juegos con las palabras, a introducir con naturalidad, en los usos, fórmulas opuestas a las que la lógica y la propia historia de la lengua podrían exigir.

Los autores de esta investigación realizan aquí un recorrido dirigido por esta fuerza y gobernado por su espíritu travieso y enredador. Entienden que ello no quita rigor al trabajo, aunque no se atenga a los métodos convencionales. Lo que se ha pretendido es mostrar al duende en su funcionamiento mismo y, por tanto, siguiendo sus recursos. No se trata de reírse de la morfología, la lexicografía o la semántica. Bueno sí, reírse, pero no tanto de, sino con la morfología, la lexicografía o la semántica, ni de las disciplinas que se ocupan de distintos aspectos del lenguaje, sino de esos aspectos, de los impulsos que los rigen y de cómo se subvierten. El viaje con el genio proporciona las pruebas de una conclusión que no se formula explícitamente, se deriva, si se nos permite la metáfora, de los mareos y demás sensaciones que produce el recorrido. Deriva, en fin, del *nonsense*. Distinta de la que rige en las ciencias no humanísticas, es también una forma de conocimiento válida: se muestran las pruebas. La conclusión y el sentido son el efecto de su examen, mucho más general y abarcador que las explicaciones individuales de todas las irregularidades o excepciones que no anulan las reglas, pero tampoco se someten a pautas uniformes.

Lo más parecido en su Diccionario a lo que se pueda oponer despiporre («desbarajuste, desorden») es piporro («botijo», «fagot», e incluso «fagotista»). Así, ¿quién va a querer aprender ese idioma?

(atribuido a Walter von Wartburg)

En especial, el trayecto inicial de la palabra castellana golondrina, después común o hispánica, *golo*, había dado pie para que todos unos gravísimos doctores de apellido no precisamente burgalés, los Meyer-Lübke, los Wartburg, etc., llegasen a pensar en un cruce o contaminación con gula, con *golo-so*, lo que equivaldría a calumniar gastronómicamente a los más conspicuos nuncios de la estación de las flores, a echar sobre las golondrinas un sambenito de voracidad que verdaderamente –¡ah las poderosas razones de doña semántica!– no les iba o, al menos, no les pertenecía con mejores derechos que a la mayoría de los volátiles.

Manuel Rabanal

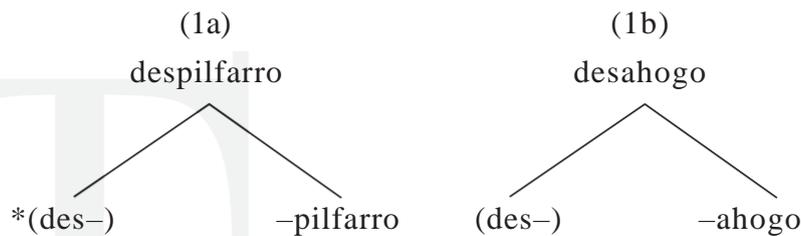
1 Introducción

Decía don Otto Jespersen que la tolerancia de la lengua al despilfarro tiene un límite. Si pensaba, como dicen que pensaba, en el danés o en el inglés, este último su verdadero campo de batalla científico, seguramente acertaba. Sabido es que para daneses e ingleses los morfemas necesarios son los morfemas suficientes. ¿Pero el castellano? ¿No es acaso el castellano un continuo andarse por las ramas, una especie de barón rampante, morfológicamente hablando, que ciertamente se destaca entre las lenguas románicas por un ramoneo exacerbado? Sin ir más lejos, ¿no es la palabra *despilfarro* un despilfarro en sí mismo y, así, epítome del castellano todo?

No hace falta ser funcionalista para entenderlo, aunque serlo ayuda: *despilfarro* contiene un monumental *des-* expletivo. Porque, ¿acaso es *despilfarro* lo opuesto a **pilfarro*, como *cosido* lo es del triste *descosido*? Quien haya sido costurero antes que filólogo sabrá de lo que hablamos. O, ¿acaso es un enajenarse del **pilfarro* que antes nos era intrínseco, igual que un *desahogo* es ese irse del *ahogo* que intermitentemente subyuga a quien atraviesa el rubicón de la menelipsis? El *des-* expletivo (*dummy*, o tontorrón (vid. Perlman, M., 2018)) es, sin duda, uno de los fulcros, y no de los menores, de la morfología castellana. Comenzamos hoy a vislumbrar su centralidad gracias a los instrumentos de análisis que propicia la nueva Morfología Deconstructivista (MD) (Vid. Heidi Harley y Rolf Noyer (1999) y, como pámpano premonitorio, Bustos Tovar, E. (1966).

2. Consideraciones morfológicas

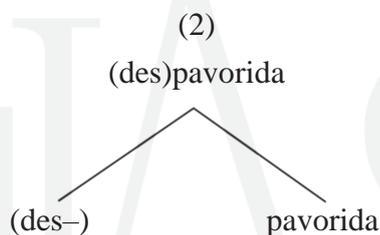
El *des-* de *despilfarro* es, ciertamente, un morfema expletivo paradigmático, entendiendo por tal aquel componente no autónomo de la forma de la palabra que estar, está, pero pintar, pinta poco. O nada. En la ilustración que sugerimos como paradigma de ese *des-* «expletivo», la MD lo simboliza como en (1a); (1b), por su parte, aporta la simbolización del análisis de una palabra que incorpora en su forma el que llamaremos *-des* «léxicamente oportuno»:



Siguiendo convenciones estándar, los paréntesis simbolizan «optatividad» y el arisco asterisco «mala formación». Así pues, la omisión de *-des* induce en (1a) mala formación (**pilfarro*), mientras que en (1b) una suerte de reversión del significado de la base (en concreto, «enajenación» del ahogo). En definitiva, en (1a), *-des* se limita a estar ahí, sin aportar nada al significado, aunque todo a la buena formación de la palabra. Es un *-des* expletivo. Su función es estar, aunque no sirva para nada. Como dice el filósofo Daniel Dennett que dice el neurocientífico Rodolfo Llinás, igual que las ascidias (*Ascidacea*) y los catedráticos de universidad (Dennett, 1991).

La expletividad es un fenómeno omnipresente en nuestra lengua castellana. El *ex-* de *expletivo* es expletivo y el ejemplo nos viene pintiparado: si antes no hubo un **pletivo*, ¿qué pinta entonces un *ex*? Pero la expletividad afecta un poco a todas las lenguas. A unas les sale por la sintaxis (¡ay, ese *il* del *comme il faut* de los franceses!) y a otras por la morfología. Un poco como el acné juvenil del alumnado. Ahora bien, el acné morfológico del castellano es particularmente agudo e indisimulable.

No conforme nuestro acervo lingüístico con haber acogido el fenómeno básico de expletividad, es decir, el de la unidad que se empeña en estar, aunque no tiene por qué, o sea, el *des-* de *despilfarro* y el *des-* de *despampanante*, o el *ex-* de *expletivo* y el *ex-* de *exótico* (¿qué intrigante estado es ese de la *oticidad* por la que alguien debe pasar para alcanzar las mieles del exotismo?¹, nos preguntamos), nuestra lengua y la de nuestros antepasados acoge asimismo el fenómeno derivado de expletividad «extrema» (o expletividad «bobalicona»). Su epítome es el par *pavorida/despavorida*, palabras ambas bien formadas y coexistentes en la sincronía hodierna del español o castellano. El *des-* de *despavorida* ni pinta nada, ni tiene por qué estar ahí: ya tenemos *pavorida*. No es expletivo... es lo siguiente: es expletivo *cum* bobería, las dos cosas. Tampoco es *despilfarro*... es ¿derroche? La MD lo simboliza así:



1 En papeleta inédita, Ramón de España defiende el étimo *-OTI* («Gran Premio de la Canción Iberoamericana») como origen del término (comunicación personal). En nuestra opinión, fortalece a la tesis de de España el hecho de que, como la RAE consigna en *DLE* (*sub voce*: *exótico*, *ca*, acepción 3), en femenino y en México, la palabra significa «bailarina de cabaré».

Así pues, manifiesta nuestra lengua castellana tres tipos, en lo que aquí concierne, de *des-*, cada uno de ellos con un nivel creciente de degradación funcional de acuerdo con la Escala ResObs (resiliencia/obsolescencia) (Kaiser, J., Chmura, T. y Pitz T., 2007), estandarizada por la MDE y aplicada aquí al plano de la morfología de las lenguas; a saber:

1. *des*-1 o léxicamente oportuno (epítome: *desahogo/ahogo*);
2. *des*-2 o expletivo tontorrón (epítome: *despampanante/*pampanante*)²; y
3. *des*-3 o expletivo bobalicón (epítome: *despavorida=pavorida*).

**Pampanante* es, pues, epítome de un clamoroso hueco, de una verdadera ruina funcional en la sistematicidad de la morfología castellana. O no. ¿Pues no será *despampanante* acaso epítome más bien de una exuberancia prescindible del idioma, que debería antes favorecer el más contenido *pampanante*, de igual modo que la dupla *despavorida=pavorida* es una metástasis morfológica absolutamente *sine necessitate*? Quién sabe.

Nuestras convicciones deconstructivistas en lo morfológico nos llevan a abogar por una intervención funcional de sesgo optimizador en el contumelioso *pattern* organizacional de nuestro morfemato. Pues, de lo contrario, ¿qué pintará ese *-lógico* en el que se supone nuestro sistema *morfológico*? Pero este será asunto que nos traerá por la calle de la amargura en la siguiente sección. Mientras tanto, agarrados a la roca segura del maestro de Grenoble, concedemos que no todo en la lengua española es el oro que aquí y allá parece relucir. La arbitrariedad es norma. Y quien dice arbitrariedad, dice capricho.

3. Sobre pámpanos, pámpanas y pampanitos (verdes): consideraciones (i)lógico-semánticas

De acuerdo con el *Diccionario de español de Google*, proporcionado en línea por Oxford Languages³, la voz *pámpano* —nombre masculino— tiene dos acepciones, que vienen coronadas por sus respectivos ejemplos⁴:

1. Brote verde y blando que tiene la vid cuando las hojas todavía no se han abierto.
«los pámpanos tienen forma de caracol».
2. Hoja de la vid.
«era una diosa coronada de laureles y pámpanos».

2 Nos adelantamos al avisado lector advirtiéndole que la alternativa tradicional sobre el contubernio morfológico *pámpano – despampanar – despampanante* no se sostiene. De acuerdo con ella, el *des-* de estas formas sería un *des*-1 (o léxicamente oportuno), que funcionaría en paralelo al *des*-1 de *desahogar*: el pámpano o pimpollo de la vid (vid. *DLE*, sub voce: *pámpano*) sería a *despampanar* lo que el ahogo huidizo de la menelíptica a *desahogar*. Pero es que el *despampanar* de la vid no es el eclosionar de ese pimpollo reventón, sino el cortarlo o abortarlo para atajar el vicio o frondosidad extremos (vid. *DLE*, sub voce: *despampanar*). Sería como si el *desahogar* fuese la asfixia de la viciosa. Nos tememos que nada corrige nuestra apreciación del *des-* de *despampanar/despampanante* como *des*-2 o expletivo tontorrón.

3 Según su propia publicidad o endógena, «Oxford Languages es la editorial líder mundial en el ámbito de la publicación lexicográfica, y cuenta con más de 150 años de experiencia en la creación y distribución a escala mundial de diccionarios de gran prestigio en más de 50 lenguas». En <<https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>> (consultado el 09/09/2022).

4 Ejemplos cuya fuente desconocemos y cuya *auctoritas* se nos hurta, por más que se entrecomille la cita.

De lo cual se colige que el pámpano es tanto el brote verde⁵ que habrá de ser hoja («folia nasciturus» o «foliaturus»⁶) como la hoja que ser, es como nacida de ese brote. El pámpano, pues, es ser en acto y ser en potencia, por decirlo en términos de botánica neoaristotélica. Sorprende, en todo caso, que en este ser o no ser hamletiano de la hoja de la vid, dé igual a todos los efectos el sí-es-no-es un tanto como de gato de Schrödinger⁷.

Existe una línea de investigación poco transitada que es la cercana a la hermenéutica bíblica, disciplina tan predispuesta, ya lo sabemos, a la sobreinterpretación u *overinterpretation*. Por no dejar de lado esta vía exegética, consignaremos al menos lo planteado por un usuario desconocido y respondido por ALEPH⁸ en nuestro país hermano México. Tras postular en su interpretación del sentido literal⁹ que el pámpano es la rama de la vid (sic), abre la puerta a la interpretación del sentido alegórico, según la cual «El Señor Jesús utilizó las figuras de la vid y los pámpanos para enfatizar la relación vital entre él y el creyente». La posterior ampliación del sentido de la alegoría vitivinícola abunda en detalles de interés.

Para resumir la idea, y dejarla bien explicada: un pámpano o un sarmiento son el mismo brote, pero en distintas etapas del ciclo de la vid. En la planta de vid hay también otros brotes que tienen el mismo ciclo pero que se llaman chupones y feminelas, y que poca uva son de dar.

Más preci(o)so es el *DLE*, que limita su definición a «sarmiento verde, tierno y delgado» con el añadido de «pimpollo de la vid»¹⁰ (*vid. supra*, en este mismo texto). Suma, además, un elemento que, si bien no discordante, sí es ciertamente inquietante por cuanto consigna que *pámpano* tiene como segunda acepción *pámpana* (¿fácil concesión académica al lenguaje inclusivista?, nos preguntamos). Hecha la consiguiente y necesaria comprobación *ad inversa*, de resultas de la misma obtenemos que *pámpana* es «hoja de la vid» (ya no sarmiento ni pimpollo) y una locución coloquial: «tocar, o zurrar, la pámpana a alguien», esto es, «golpearlo, azotarlo, castigarlo». Una vez más, no queda sino batirse ante la voluntaria falta de coherencia entre las idas y las venidas de las acepciones recíprocas y no recíprocas.

5 El sintagma *brotos verdes* ha sido monopolizado por el lexicón político hodierno. Véase, en este sentido, el trabajo en circulación, de autoría anónima, «De ‘brotos veredes’ a ‘brotos verdes’: coplas de ida y vuelta».

6 Proponemos esta denominación a sabiendas de las dudas que provocará en el lector de estricta observancia del modelo de declinaciones del latín clásico. Nos hemos permitido un uso menos normativo y más cercano a las soluciones del latín vulgar. Véase Väänänen, V. (1995) y la documentación del en muchos aspectos insuperado Díaz y Díaz, M. (1950).

7 Sobre la posible influencia cuántica de este sobre el de Chesire, véase la edición anotada de *Alicia en el país de las maravillas / A través del espejo*, para la colección Letras Universales de la madrileña Cátedra. Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas. A través del espejo* (ed. de Manuel Garrido), Madrid: Cátedra, 1992.

8 En <<https://aleph.org.mx/>> (consultado el 09/09/2022)

9 Acudimos, claro, a la teoría de los cuatro sentidos de santo Tomás de Aquino: literal, alegórico, dogmático y anagógico. La magia exegética de este doctor de la Iglesia es tal que —si se nos permite la broma y no se considera sacrílega— obnubila los sentidos, los cuatro. Y qué labia la del de Aquino: «Dame capacidad para retener, agudeza para entender, sutileza para interpretar (*interpretandi subtilitatem*), gracia y abundancia para hablar».

10 Existe, claro, el verbo *despimpollar* con el sentido de «podar los brotes excesivos de la vid» (*DLE*).

El pámpano o jurel forma un género de pez marino (*Trachinotus*) perteneciente a la familia Carangidae en el orden de los Perciformes¹¹. Fue descrito científicamente por primera vez por el naturalista francés Bernard de La Cépède y publicado en el *Histoire naturelle des poissons*, Vol. 3 (78) en 1801¹².

Y nos quedan los *pampanitos verdes* del villancico navideño «Ya viene la vieja»¹³. Ofrecemos una versión recogida de nuestra memoria infantil:

Ya vienen los reyes por el arenal.
Ya le traen al niño un tesoro real.
PAMPANITOS VERDES, HOJAS DE LIMÓN
LA VIRGEN MARÍA MADRE DEL SEÑOR.
Oro trae Melchor, incienso Gaspar
y olorosa mirra trae Baltasar.
PAMPANITOS VERDES, HOJAS DE LIMÓN...
Ya vienen los Reyes, del Oriente Medio,
llenos de regalos sobre sus camellos.
PAMPANITOS VERDES HOJAS DE LIMÓN...
Ya escribí la carta, y la eché al buzón
y en ella les pido un gran pelotón.
PAMPANITOS VERDES HOJAS DE LIMÓN...
Ya viene la vieja con el aguinaldo,
le parece mucho, le viene quitando.

Llegados a este punto, se apelotonan las preguntas. Obviémoslas.

-
- 11 «Orden de peces marinos teleósteos, provistos de radios espinosos en las aletas, como la dorada, el atún y el mero». Nos informa, de nuevo, el muy competente Oxford Languages. En <<https://languages.oup.com/google-dictio-nary-es/>> (consultado el 09/09/2022).
- 12 Obra, *en passant*, bendecida por el Barón de Cuvier.
- 13 ¿Es *villancico navideño* un pleonasma? (¿lo es *oligarca ruso*?). Existen, claro, numerosas versiones de este popular villancico. Y las variantes son ciertamente de interés. Pero no del nuestro. Aquí dejamos, en nota —como si esto fuera un relato nabokoviano o fosterwallaciano— otra versión (lo que es indudable es que en todas ellas aparecen los *pampanitos* y que siempre son verdes):

*Ya viene la vieja con el aguinaldo
Le parece mucho le viene quitando
Le parece mucho le viene quitando
Pampanitos verdes
Hojas de limón
La Virgen María
Madre del Señor
Ya vienen los Reyes por los arenales
Ya le traen al Niño muy ricos pañales
Ya le traen al Niño muy ricos pañales
Pampanitos verdes...
Ya vienen los Reyes por aquel camino
Ya le traen al Niño sopitas con vino
Ya le traen al Niño sopitas con vino
Pampanitos verdes...*

4. Conclusiones

Pionero del análisis generativo-transformativo, acertó en lo fundamental Johann Wolfgang von Goethe, como en tantas otras de sus ensoñaciones, al adivinar que la planta no es sino una suerte de reiteración transformacional de un mismo elemento o «arquetipo vegetal»¹⁴. Erró, *peccata minuta*, en el elemento en sí, que él intuyó en una hoja seminal. Su alemán nativo, qué duda cabe, le permitió penetrar en la unicidad última del reino vegetal, todo él a imagen y semejanza de esa *Urpflanze* original que solo una mente familiarizada con una morfología de alta permisividad, tolerante con palabras como *Nahrungsmittelunverträglichkeit* («ingestión»), podría haber adumbrado. Le cegó, en cambio, su falta de intimidad con el acervo castellano, que le privó de la oportunidad de entender que no la hoja, sino el pámpano de una vid ancestral, indiscutiblemente verde, sea a la planta lo que desde antaño sabemos ser la vértebra ictiológica al arquetipo vertebrado.

El castellano lo denuncia a las claras, llamando por igual pámpano a la hoja y al brote, o al brote y a la hoja, ambos por igual pámpanos, progresivo la una, regresivo el otro, desde el punto de vista de quien se para y contempla bajo la perspectiva, engañosa e iluminadora al tiempo, de una sincronía en que aparentan diferenciarse, sin dejar de ser lo mismo: a saber, pámpano o pampanito (¿acaso el tamaño importa?). El ojo que ama lo diferente y el espíritu que ansía lo uno se ven así unísonamente complacidos. Pero el acervo de la lengua castellana, su *unbeschreibliches Sprachgenie* o inefable genio idiomático, adivina, además, la unidad esencial de lo orgánico todo, la entente generativa primordial que gobierna lo vivo, la ecuación entre el pámpano vegetal y el pámpano ictiológico en que se sustancia la vértebra esencial (lo adivinó Lorenz Oken¹⁵, lo demostró magistralmente Richard Owen¹⁶), la piedra angular que Jehová subrogadamente implantó no en el tórax de Eva, sino en ese modesto jurel iniciático, auténtico arquetipo vertebrado, *Urtier*, animal en potencia de todos los animales en acto. Algo así adivinaron ya los tehuelches, que llamaron Pampa a la fértil llanura, epítome de lo edénico, de la Argentina central.

Un frío fémur, una tibia tibia, un cráneo candente... variaciones, en fin, de pámpano transformado. Despampanancias¹⁷.

¿No es para entonar villancicos?

(Que no es lo que se quería demostrar, aunque sí lo que se pudo.)

14 Lo esencial del texto seminal goethiano (*Versuch die Metamorphose der Pflanzen zu erklären*, 1790) puede leerse en castellano en: *Teoría de la naturaleza*, Madrid: Tecnos, 2007 (trad. Diego Sánchez Meca).

15 De su *Über die Bedeutung der Schädellnochen* («Sobre el significado de los huesos del cráneo», 1808) existe proyecto de traducción, largamente demorado, para la Colección De la Belleza de Eolas Ediciones, a cargo de Gustavo Martín Garzo.

16 Vid. su *On the nature of limbs. A discourse* (1849), traducido al castellano, prologado y anotado como *Discurso sobre la naturaleza de las extremidades* (Oviedo, KRK, 2012, Sergio Balari y Guillermo Lorenzo, eds.).

17 La perspectiva del ibero-romance occidental sugiere nuevas derivaciones. El *Diccionario de la llingua asturiana* registra *pámpanu*, -a, -o («plasmáu») y el homólogo de la *Lingua galega* *pámpano*, -a («que sente perplexidade, asombro ou admiración»). La Isoglosa penetra la raya galaico-portuguesa a la altura de A Cañiza y se instala tan campechanamente (lo que en asturiano dicen *a la pámpana rota*) en toda la zona de influencia de Melgaço, donde *estar pampo* equivale a *estar plasmáu* (ast.) o *sentir perplexidade* (gal.).

Anexo

El genio o duende del lenguaje somos todos los hablantes y, ocasionalmente, por nuestra propia creatividad, producimos formulaciones particulares que proceden de nuestra peculiar deriva vital. Por lo general, esas creaciones se disipan una vez manifestadas, pero, a veces, se incorporan al idioma de todos, y no tienen explicación porque nacieron de un momento en que se imponía la inspiración individual que pudo ser rescatada para todos. Bienvenidas sean, pues dan riqueza, colorido, extravagancia y gracia. Lo que el genio hace es mostrar las entrañas poéticas de la lengua, las que están en la base de la creación idiomática. Nuestro trabajo se ha circunscrito a las fronteras de la gramática, pero no cierra las puertas a una contaminación mucho más amplia y menos definida, por tanto más abierta a la variedad y riqueza evocativa, la que explota los nexos entre las palabras, no con sus semejantes sufijados y prefijados, sino con otros de parentesco puramente sonoro. *Pavorido* y *despavorido* suscitan una reflexión lingüística que nos acerca a las fuerzas creativas del idioma, pero este puede actuar también evocando *vapor* como un contaminante léxico tóxico, pues introduce connotaciones, que se escapan a algunos hablantes, pero que tienen apoyo claro en el principio de la función poética: «des» aportaría su significado de «eliminar» y que el que huye despavorido se va también epavorando, perdón, evaporando. Como Sannum. Algo semejante se podría obtener si relacionamos *pámpano* y *despampanante* con *pompa*, etc. Con este tipo de vinculaciones, se podrá no solo profundizar en esas fuerzas informales que actúan en la lengua, sino hasta dónde puede llegar la función esa de Jakobson.

Referencias bibliográficas

- BUSTOS TOVAR, Eugenio de (1966). «Algunas observaciones sobre la palabra compuesta. La palabra compuesta como signo lingüístico», *Revista de Filología Española*, Tomo II, Fasc. 1-4, pp. 255-272.
- DENNETT, Daniel C (1991). *Consciousness explained*, Little, Brown & Co.
- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel (1962). *Antología del latín vulgar*, Madrid: Gredos.
- GARCÍA LORCA, Federico (1933). «Juego y teoría del duende», conferencia publicada en libro con el mismo título, Barcelona: Editorial Nortedur, 2010.
- GRIJELMO, Alex (2004). *El genio del idioma*, Madrid: Editorial Taurus.
- HARLEY, Heidi y Rolf NOYER (1999). «Distributed morphology», *Glott International* IV/5, pp. 3-9.
- KAISER, Johannes, Thorsten CHMURA y Thomas PITZ (2007). «The ResObs Metrics. A game-theoretical and an experimental approach». *Social Science Electronic Publishing*. Julio.
- PERLMAN, Merrill (2018): «On expletives and dummy subjects», *Columbia Journalism Review* [en línea]. <https://www.cjr.org/language_corner/expletives.php>, (consultado el 07/02/2023).
- RABANAL, Manuel (1969). *El lenguaje y su duende. Historias mágicas y lógicas de las palabras*, Madrid: Editorial Prensa Española.
- VÄÄNÄNEN, Veikko (1963). *Introducción al latín vulgar*, trad. de Manuel Carrión, 3.^a edición, Madrid: Gredos, 1995.